



El 6 por ciento de los adolescentes ejercen conductas agresivas hacia sus padres

Son en su mayoría chicos y sucede en familias donde los padres, por el estilo de vida y estrés, consienten todo a sus hijos en el poco tiempo que pasan con ellos, según una investigación

C.A.S. | SALAMANCA

Hace sólo una semana, un joven de 19 años mataba en Sevilla a su madre por recriminarle que había llegado muy tarde a casa. Es el caso más extremo de un tipo de violencia ascendente, la que ejercen los hijos hacia los padres, que va en aumento. En Castilla y León así lo confirman los datos de sentencias dictadas por los juzgados de menores, en los que se acuerda la imposición de una medida a consecuencia de una infracción por este tipo de violencia de hijos a padres. De 37 sentencias en 2007, se ha pasado a 85 en 2017.

La también denominada violencia filioparental, que preocupa a expertos, instituciones y asociaciones, "tiene unas consecuencias desastrosas y catastróficas", como ayer se puso de manifiesto en las jornadas organizadas en la Universidad por la Asociación Beatriz de Suabia, donde se presentaron los resultados de la investigación llevada a cabo por un equipo de la Complutense en los últimos siete años.

En torno al 6-7% de los adolescentes tienen algún tipo de comportamiento violento hacia sus padres, no todos de gravedad máxima, sino de diferentes intensidades: desde insultos, agresiones verbales, financieras e instrumentales hasta agresión física. Así lo confirmó José Luis Graña, catedrático de Psicología Clínica de la Universidad Complutense autor de la investigación, que desveló que la edad media de estos menores violentos es de 14 años, generalmente varones (tres frente a una femina).

"Es un fenómeno que no se da necesariamente en familias separadas, sino en familias donde ambos progenitores, por el estilo de vida que llevan de mucho estrés y por falta de tiempo, intentan compensar ese tiempo que no le pueden dedicar a sus hijos consintiéndoles. No saben negociar con ellos ni darles estrategias para afrontar su desarrollo de forma adecuada", explicó Graña, que aseguró que en muchos casos, desde la infancia los niños empiezan a mostrar señales y síntomas de comportamientos desviados, "que si no se saben manejar de forma adecuada, van generando un problema de conducta con consecuencias negativas para la familia y para ellos en su desarrollo".

"Muchas veces la familia va cediendo poco a poco a las conductas agresivas hasta que los adolescentes van haciéndose más fuertes y acaban controlando la dinámica familiar", añadió el investigador que también apuntó como uno de los factores que influye en la agre-



Inauguración de las Jornadas sobre violencia ascendente que organizó la Asociación Beatriz de Suabia. | ALMEIDA

sividad de los menores que son "muy egoístas, nunca jamás se ponen en el lugar de los demás y todo lo perciben como una amenaza hacia ellos mismos".

¿Cómo deben actuar los padres? "Hay que saber ceder y saber manejar. No se puede consentir to-

do. A medida que la adolescencia va creciendo y desarrollándose, uno tiene que ir negociando cosas distintas y es lo que tienen que ir aprendiendo", respondió Graña que alertó de que la gravedad de las conductas se acrecientan con el paso de la infancia a la adolescen-

cia y después a la edad adulta y si no se interviene, pueden tener "consecuencias nefastas para el futuro en las relaciones íntimas". Graña asemejó esta violencia ascendente con las drogas: "empieza más suave hasta que se convierte en un problema y lo domina todo".

LOS DETALLES

Formar a profesionales especializados

El profesor José Navarro Góngora, experto en Terapia Familiar de la Universidad de Salamanca, reconoce que para abordar este fenómeno creciente de la violencia filioparental se requiere de especialización y profesionalización. "No todo sirve para todo. Igual que en la terapia de pareja o en la depresión, en este tema tan nuevo ya hay un esfuerzo por especializarse. Es un problema creciente. Los chicos cada vez tienen menos experiencias y más representaciones que aprenden de la televisión. La facilidad y la falta de repercusiones en lo que hacen son sus valores", señala Navarro.

240 familias atendidas en el medio rural

El presidente de la Diputación, Javier Iglesias, señaló ayer en las jornadas de Beatriz de Suabia que en 2017 la red de protección a la familia de La Salina atendió a 246 familias con problemas, incluida la filioparental. También apoyó a 140 víctimas de violencia de género del medio rural.



JOSÉ NAVARRO GÓNGORA • PROFESOR DE PSICOLOGÍA DE LA SALUD Y DE TERAPIA FAMILIAR Y DE PAREJA

No hay una cultura del esfuerzo

LAS causas del aumento de la violencia de hijos a padres son complejas. Tienen que ver con lo que pasa en la familia, en los chicos y en la cultura que nos rodea. Lo que ocurre con los menores es que la otra persona no le da lo que quiere y no saben manejar la frustración y eso genera un problema de control de impulsos. ¿Por qué pasa? Tiene que ver con el tipo de cultura que les hemos inculcado a los niños y adolescentes dentro y fuera de la familia. Perciben un entorno rico en posibilidades y fáciles de conseguir. Y dentro de la familia, hay unos padres a los que probablemente se les ha inculcado la idea de que hay que llevar las cosas democráticamente. Algo que hace poner a los chicos en igualdad de posibilidades de control que los padres. En toda situación democrática, donde todos tienen el mismo poder, hay más conflicto. Los hijos perciben que los padres les pueden dar lo que quieren y los extorsionan, con chantaje y en el peor de los casos, agresiones. Hay toda una cultura de la imagen donde los chicos son superhéroes que aparecen y consiguen lo que quieren. Hay mucho mensaje de este tipo en la propaganda que se hace a los chicos. Lo importante, se dice, es satisfacer las necesidades. Pero no hay una cultura de que para conseguir las cosas hay que esforzarse.

Hay que escuchar a los hijos, pero no negociar con ellos. Y atender sus demandas para que sean competentes. Eso implica

el control de la situación por parte de los padres.

A los padres les toca enseñar a ser decente, controlado y hacer las cosas bien, y a los hijos les toca aprender eso y eventualmente llevarlo a cabo. El problema es que los padres pueden enseñar cosas sensatas, poniéndose en el mejor de los casos, y si los hijos no las hacen, pueden oscilar. Y ahí es muy fácil deslizarse a posturas que complican la situación: gritar o golpear o a la postura contraria, que es "no puedo hacer nada y tiro la toalla". Lo que le enseño a un hijo si soy violento y golpeo es que eso es lícito. Y si tiro la toalla significa que esa barbaridad que ha hecho no tiene ninguna importancia.

Los padres deben entender que aunque su hijo no haga lo que le pide y no le pueda controlar, no significa que su deber como padre, de enseñar algo positivo a su hijo, haya cesado. Los padres no deben renunciar a su función como padres, algo que termina de ser tan molesto para el hijo, que la situación cambia en muchas ocasiones. Y si no cambia, la adolescencia también pasa. Y el hijo tendrá un modelo positivo al que podrá cambiar si él o ella quiere en la edad adulta. Esto no significa que vaya a funcionar siempre. No depende de los padres. Los padres dan la posibilidad y los hijos la toman o no.

Otro aspecto importante es el tema de la reparación. Si la haces, la pagas, pero si sabes corregir, se acabó el castigo y pasamos a otra cosa rápidamente. Es algo que puede funcionar.